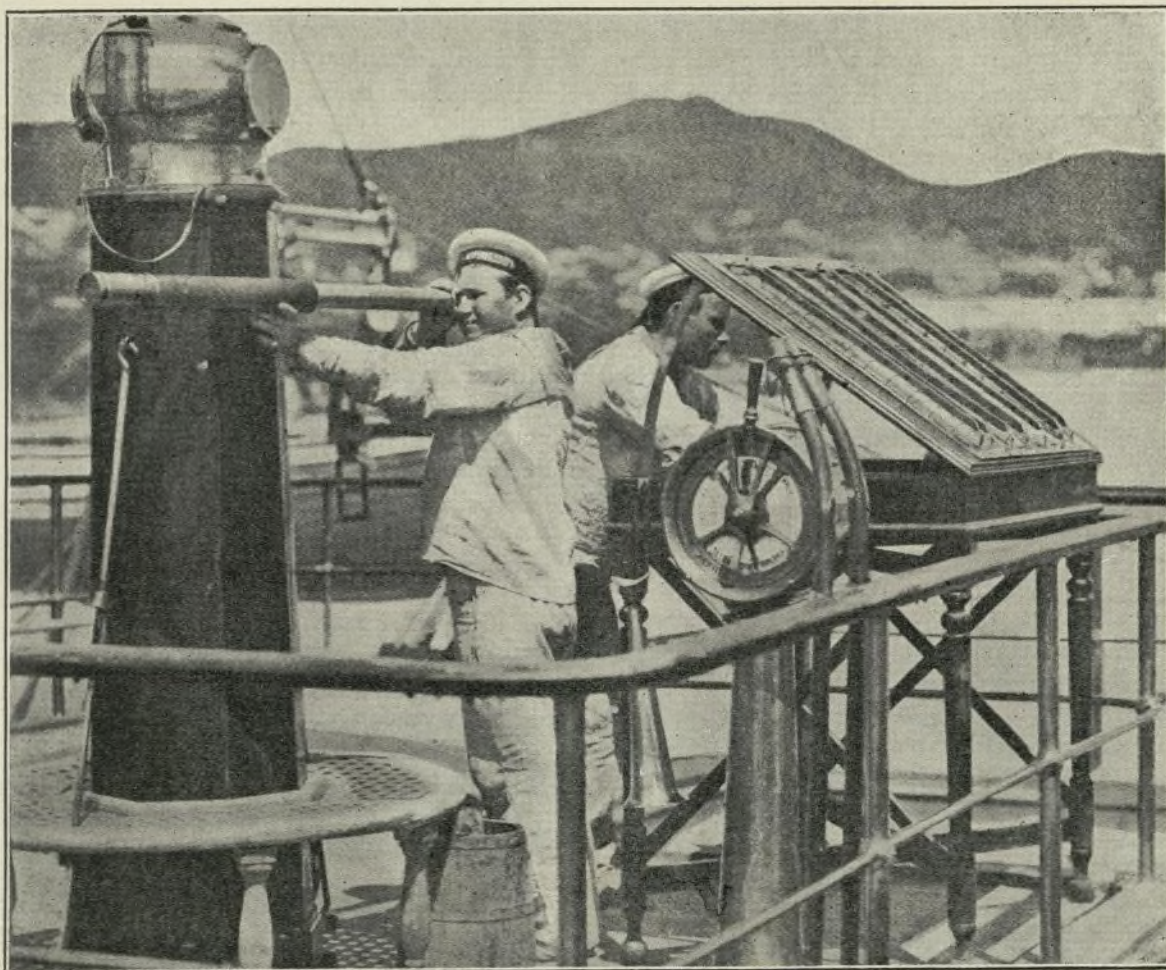


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 7 .— BARCELONA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1914



A bordo de un acorazado británico, explorando el horizonte

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Nuevos medios de guerrear.—II. Dos documentos interesantes

I.—Nuevos medios de guerrear

Los progresos de la civilización son pasmosos: ya no se guerrea solo en tierra y a corta distancia, sino desde posiciones invisibles, desde el aire y bajo el agua; y no se guerrea solamente con armas y proyectiles, sino con leyes y decretos, que lastiman tanto como aquellas.

Más prisa se dió Inglaterra en apresar y confiscar barcos mercantes alemanes, que en desembarcar un ejército en Francia. La respuesta de Alemania no se hizo esperar: contribución, enorme contribución de guerra a los belgas (pagada por Francia e Inglaterra); la Gran Bretaña, a su vez, toma el desquite, y declara libres todas las patentes y marcas de origen alemán, y encierra en una fortaleza a todos los

alemanes de 18 a 51 años, que no escaparon a tiempo de aquellas islas hospitalarias, refugio de anarquistas y de los políticos de ideas más exaltadas y disolventes del mundo. Francia, Austria, etc., seguirán a no dudar la conducta de los dos colosos. ¿A dónde vamos a llegar con tales exageraciones?

En esa senda, Inglaterra o Alemania, forzosamente la una o la otra, se equivocan. Si triunfa Alemania, pagará Inglaterra en oro el peso de cada barco confiscado y una indemnización estupenda por cada patente declarada libre. Si es Inglaterra la que vence, tendrá Alemania que trabajar un siglo a favor y para la mayor prosperidad de los ingleses. Malo, muy malo es este camino. Los estadistas de ambos imperios han perdido la serenidad, cosa difícil de comprender en ingleses y alemanes.

Cuando las guerras se deciden sólo por la suerte de las armas y las acompaña un castigo impuesto a la entidad derrotada, en conjunto, pero sin lesionar a persona determinada de un modo directo, las heridas se cicatrizan con el tiempo y acaban por cerrarse. Pero cuando a la herida infligida a la Patria se suma la lesión causada al peculio y a los intereses particulares, se siembra en todo el pueblo derrotado la semilla del odio y de la venganza, precursora de una nueva guerra.

Si se recapacita un momento, habrá que creer que no se lucha ahora por el vencimiento del enemigo, sino por su destrucción y ruina totales. Es un duelo a muerte, en el que sobra uno de los dos contendientes.

Francia, aunque la venzan, subsistirá; será cercenada, será mutilada, pero subsistirá. La lucha a fondo, la verdadera rivalidad, está entablada entre Inglaterra y Alemania: una de las dos ha de desaparecer como gran nación. O cesan los alemanes para siempre de seguir extendiendo su comercio y de imponer su industria a los demás, o se verán los ingleses obligados a trabajar, desde el más alto al más bajo, en lugar de aprovecharse de los sudores de medio Universo.

II.—Dos documentos interesantes

No es posible ya que a nadie quepa duda sobre quienes fueron la que desataron la guerra. Pero si aun existiera, bastaría recordar que Francia imprimió y distribuyó los carteles de movilización el 28 de julio, que el Tzar ordenó la movilización cuando aun el Kaiser no había movido un soldado.

Pero Francia y Rusia se movieron por Inglaterra, cuya actitud parecía ser espectante para que no se alarmara Alemania. A punto estuvo la última de no ver claro y de incurrir en un descuido que le hubiera podido costar caro, porque un retraso de cuatro días en la movilización la pusiera, por lo menos en el primer periodo de la campaña, a merced de Francia.

En un despacho de Sir E. Grey al embajador inglés en París, fecha 29 de julio, se lee lo siguiente:

«... Si después Alemania y Francia rompieran sus relaciones, todavía no hemos establecido nosotros cuál debiera ser nuestra actitud; éste es un caso que aun no hemos tomado en consideración. Francia, en tal eventualidad, sería arrastrada a un conflicto no provocado por ella, pero en el cual, por su alianza, por su honor y por sus intereses, se vería obligada a tomar parte. Nosotros estaríamos libres de compromisos, y entonces decidiríamos lo que habría de hacerse, de acuerdo con los intereses británicos. He pensado que era necesario añadir que el haber tomado nosotros todas las precauciones en lo que respecta a la marina, y el haber advertido al príncipe Lichnowsky que no debía contar con nuestra absoluta neutralidad, no era suficiente para hacer suponer a Mr. Cambon (embajador francés en Londres) que esto significaba que habíamos decidido ya nuestra actitud. Mr. Cambon me dijo que yo había explicado la situación muy claramente: había comprendido que en una cuestión balcánica y en una lucha por la supremacía entre eslavos y germanos, nosotros no teníamos que intervenir; pero que si sobrevinieran otros acontecimientos y si Francia

y Alemania se declaraban la guerra, de modo que la cuestión se convirtiera en europea, haríamos entonces lo que tuviéramos por conveniente »

Nótase la seguridad con que Sir Grey habla de que Francia se lanzará a la guerra; dá el hecho por sentado, y a continuación agrega lo suficiente para que el embajador francés se muestre de acuerdo, no formule ninguna objeción, y comprenda bien que, si guerrear Francia y Alemania, Inglaterra «hará lo que estime conveniente.»

Con la misma fecha, Sir Grey telegrafía en estos términos el embajador inglés en Berlín:

«Después de hablar esta tarde con el embajador de Alemania sobre la situación europea, le dije que deseaba exponerle en forma privada y amistosa algo de mis pensamientos íntimos. La situación es gravísima. Mientras el conflicto no vaya más allá de los problemas planteados hasta ahora, Inglaterra no intervendrá; pero si Alemania emprende una acción directa y Francia se ve arrastrada al conflicto, la situación puede agravarse de tal modo que envuelva los intereses europeos. Yo deseaba que el embajador de Alemania no se engañara por el tono amistoso de nuestras conservaciones, que yo esperaba continuarían; le dije que no creyese que nosotros nos poníamos fuera de la cuestión. Añadí, que yo seguiría en contacto con el gobierno de su país para la obra de la paz. Pero si no lográbamos nada con nuestros esfuerzos, y la cuestión se agravara hasta envolver todos los intereses europeos, yo deseaba que no pudiera un día reprocharme el embajador que con el tono amistoso de nuestros diálogos le había engañado a él y su gobierno.»

En este despacho, ya no se supone que es Francia la que va a la guerra, sino que se expresa el temor de que sea Alemania. Y amenaza para el caso de que se vieran envueltos *todos los intereses europeos*; que sepamos, no es Bélgica tan grande que en ella se compendien *todos* esos intereses; pero la invasión alemana en Bélgica pudo significar un atentado a los *intereses británicos*, y la Gran Bretaña declaró la guerra.

En resumen: la ambigüedad con el embajador alemán; ninguna discrepancia con el embajador francés, que comprende bien lo que manifiesta Sir E. Grey, según este mismo declara.

F. LARIN.

LAS FORTIFICACIONES DE LA FRONTERA FRANCESA ⁽¹⁾

Partiendo del S. cerca de Delle, en Suiza, la frontera se dirige al N., pasa a 12 km. de Belfort y toma la divisoria de los Vosgos hasta el monte Donon, inclinándose entonces al N. O. para descender al Seille, que corta dos veces, cruza el Mosela, al S. de Metz, y manteniéndose paralela al último río llega a la frontera de Luxemburgo, 10 km. al E. de la plaza de Longwy.

Esta línea, de 285 km. de largo, carece de obstáculos naturales que la protejan, pues ni el Seille ni el Mosela se oponen seriamente al avance de un ejército y además pueden ser envueltos, y la cordillera de los Vosgos tampoco se presta a la resistencia.

(1) Véase el plano que figura en las páginas centrales de este número.

cia, por ser alemana una de sus vertientes y francesa la otra.

Para oponer una frontera artificial a esa frontera política tan deficiente, los franceses escogieron la línea de alturas que hay entre el Mosa y el Mosela, prolongándola hacia el S. y cerrando el boquete meridional con el campo atrincherado de Belfort. Desde Longwy a Suiza, erigieron los franceses varios campos atrincherados y algunos fuertes de enlace intermedios, para batir todas las comunicaciones naturales y artificiales entre los dos territorios y el terreno interpuesto entre cada dos fuertes consecutivos. Pero para facilitar su ofensiva, así como para encauzar la del enemigo en las direcciones más convenientes a Francia, dejaron sin fortificar dos *brechas*, una de cerca de 50 km. entre los campos atrincherados de Toul y Epinal, y otra de 30 km. entre el de Verdun y Longwy.

Las alturas del valle del Mosa, cuya cota media es de 150 metros, llegan a la 400 hacia el N. y caen rápidamente a lo largo de la línea Dun-Damvillers. En estas alturas, entre Verdun y Toul, se encuentra la primera línea de defensa. Las fortificaciones consisten en:

Campo atrincherado de Verdun, formado por un ciudadela y un recinto abaluartado y varios fuertes destacados, en las dos orillas del Mosa. Su desarrollo es de unos 50 km. Exige una guarnición de 30.000 hombres, y estiman los franceses que para bloquearlo se necesitan 4 divisiones y para sitiarse 4 cuerpos de ejército, teniendo una capacidad de resistencia de 4 a 5 meses.

Fuertes barreras para cerrar el paso por los caminos y los puentes del Mosa, en Génicourt, Camp-des-Romains, Liouville, Gironville y Jouy-sous-les-Côtes.

Campo atrincherado de Toul, dominando el Mosa y el Mosela, formado por varios fuertes y baterías. Requiere 15.000 hombres de guarnición y un ejército móvil de 25.000, y se necesitan 4 divisiones para bloquearlo. Los franceses lo consideran inexpugnable.

Fuertes barreras en Pagny, Bourlemont, varios en las mesetas de Haye, una batería en Amance, reducto Malzeville y fuerte en Manonviller, en la confluencia del Vezouse, Meurthe y Mortagne.

La segunda línea de defensa comprende:

Campo atrincherado de La-Fère.

Campo atrincherado de Laon, prolongado al E. por los fuertes de la Malmaison y Condè-sur-Aisne.

Campo atrincherado de Reims.

Estos tres campos atrincherados se relacionan estratégicamente con la frontera del N. O. por medio de las pequeñas plazas fuertes de Peronne e Hirson.

Obras de carácter provisional en Epernay, Nogent-sur-Seine y Montereau, contribuyen a dominar el terreno entre Reims y Langres.

En la parte S. de la frontera, las defensas son:

Campo atrincherado de Langres, en la meseta de este nombre y en una situación estratégica inmejorable, porque permite desembocar en todos sentidos.

Campo atrincherado de Besançon.

Gran campo atrincherado de Dijon.

La línea que forman estos tres campos atrincherados se prolonga hacia el S. E. por los tres fuertes Joux, Larmont inferior y Larmont superior.

Finalmente, como reducto central y último núcleo de la resistencia, hay el inmenso y potente campo atrincherado de París.

Casi todas las fortificaciones francesas poseen doble o triple línea de fuegos, con la artillería en la más elevada. Las escarpas y contraescarpas están revestidas, así como la parte interior de las masas cubridoras, los parapetos son de tierra y hay abundancia de almacenes y locales a prueba. A cada progreso de la artillería ha seguido una reforma de los fuertes, para que éstos no quedaran anticuados, sino que se encontraran siempre a la altura de los más recientes adelantos.

Resulta de esta ligera descripción, la necesidad en que se encontraba Alemania de invadir Bélgica o Suiza, si quería que sus tropas llegaran intactas a ponerse en contacto con los franceses. Pero como la frontera alemana dista mucho de estar tan fuertemente guardada como la francesa, la concentración de la masa principal del ejército en Bélgica o Suiza, hubiera obligado a dejar casi indefensa la frontera, favoreciendo la ofensiva francesa. De aquí que un movimiento por el N. o por Suiza no conviniera nunca efectuarlo con la masa principal del ejército.

LA PREVISION FRANCESA

En su sesión del 4 de agosto, las dos Cámaras francesas aprobaron por unanimidad el conjunto de leyes presentadas por el Gobierno. Son tantas y tan importantes, que las más de ellas no cabe duda que estaban estudiadas muchísimo tiempo antes y formaban parte de las medidas a acordar así que estallase la guerra. No de otra manera puede hacerse frente a las graves eventualidades, y solamente así se demuestra la previsión. Las leyes referidas son las siguientes:

1.^a Créditos para la defensa nacional; facultando al Consejo de Estado para abrir créditos sin limitación, durante la guerra, mediante la aprobación del Consejo de Ministros y la presentación a las Cámaras en la primera quincena de la reunión de éstas;

2.^a Pensiones a las familias necesitadas; las familias de los militares de mar y tierra llamados o retenidos bajo las banderas, disfrutarán, previa petición, de una pensión de 1,25 francos, más 50 céntimos por cada hijo menor de dieciséis años; se cobrarán mientras dure la guerra, cualquiera que sea la suerte del militar;

3.^a Facultando la emisión de billetes de los Bancos de Francia y Argelia;

4.^a Todos los funcionarios y empleados civiles, que sean movilizados, continuarán percibiendo los mismos sueldos que gozaban antes, cualesquiera que sean los que les correspondan por sus empleos en el ejército;

5.^a Prórroga de vencimientos, pagos, etc. y declarando negociables los cheques, recibos e instrumentos análogos;

6.^a Dictando reglas para que se constituyan los tribunales de justicia con personal suplente, si es necesario, por movilización de algunos magistrados;

7.^a Todos los funcionarios públicos movilizados

podrán hacerse suplir por otros sin perder sus destinos, ni derechos;

8.^a Facultando a los gobernadores de las colonias para suspender el pago de derechos a los géneros alimenticios que entren;



El Kaiser y sus seis hijos, en una revista militar

9.^a En las colonias de Martinica, Guadalupe y Reunión, el Gobernador podrá autorizar a los bancos coloniales para que suspendan el reembolso de sus billetes;

10. Se declara el estado de sitio en los ochenta y seis departamentos franceses, el territorio de Belfort y los tres departamentos de Argelia;

11. Amnistía, fijando los plazos de presentación, para prófugos y desertores;

12. y 13. Concediendo el derecho a la autoridad militar para proveer al alojamiento y alimentación de los individuos expulsados de las plazas fuertes como bocas inútiles; pueden delegar en las autoridades civiles. Las prescripciones de la ley se extienden

15. Incorporando el ejército territorial al activo, y entregando el mando de aquel a los generales del segundo, quienes podrán ordenar el paso de uno a otro;

16. Contra las indiscreciones de la prensa;

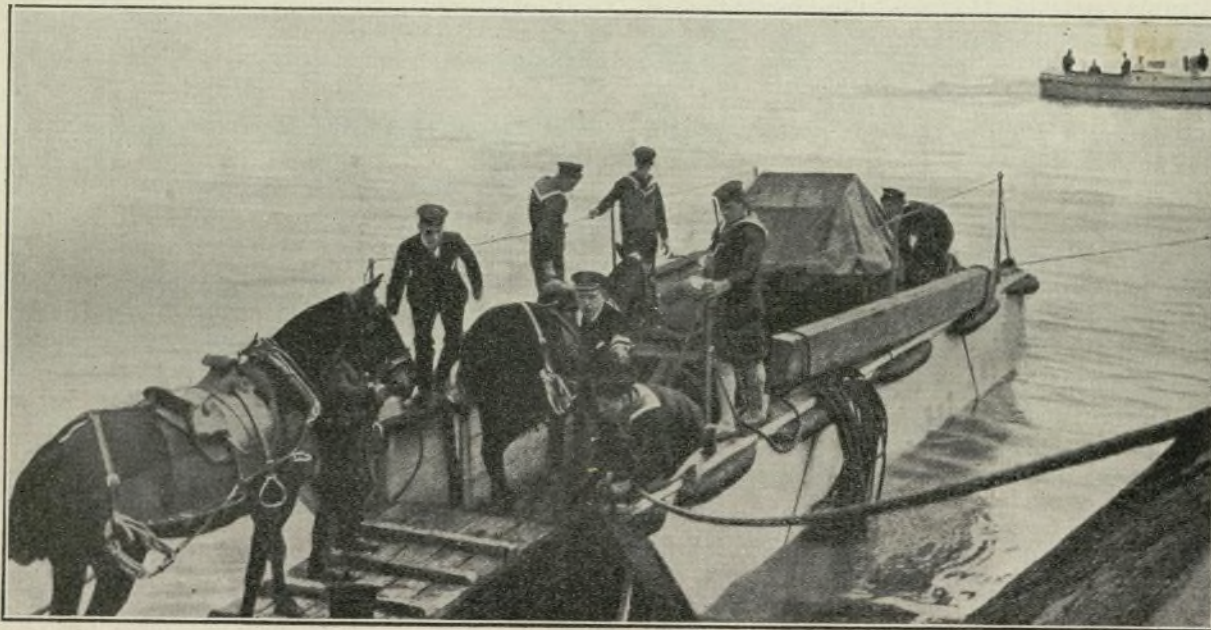


Flotante improvisado con lona impermeabilizada y troncos, adoptado por los franceses

17. y 18. Promoviendo a segundos tenientes a los alumnos de las escuelas politécnica y especial militar, que fueron admitidos en 1913 y hayan aprobado reglamentariamente el primer curso.

CÓMO COMENZÓ LA BATALLA DE CHARLEROI

El corresponsal enviado por *Le Temps* a Bélgica, describe en los siguientes términos cómo comenzó la batalla en Charleroi; su carta, escrita en los momentos en que parecía probable la victoria de los aliados, da a conocer de mano maestra el importante papel que desempeña la caballería alemana:



Embarco de caballos y material de guerra del ejército británico, para su transporte al continente

a los extranjeros, evacuados los departamentos del interior;

14. Admitiendo en el ejército y concediendo la ciudadanía francesa, a los alsacianos y loreneses que se alistén en el ejército, aunque estén sirviendo en otros ejércitos extranjeros.

«Charleroi, 21 de agosto.

»Es un hecho innegable: ellos avanzan, sobre un frente de 125 a 150 kilómetros, en Bélgica solamente. Es un formidable abanico que se despliega, precedido por una nube de exploradores, entre Bruselas y Neufchateau, cerca de Arlon. Las hordas de Atila se

disponen a marchar contra Francia por cuatro o cinco caminos diferentes. Encontrarán con quien hablar. Mientras esperan, nuestras tropas, conforme al programa que se les ha impuesto, se contentan, en las dos orillas del Mosa, con acosar al enemigo y matarle, en combates que siempre se convierten en éxitos para nosotros, el mayor número posible de hombres.

»Toda la mañana de hoy he asistido a preliminares de operaciones de esta naturaleza, en los arrabales de Charleroi. La red de vías férreas que parten, al N. de la ciudad, en todas direcciones y que sirven a docenas y docenas de centros fabriles y mineros, está guardada, hasta una distancia de 12 o 15 kilómetros, por imponentes fuerzas de caballería, cuyas avanzadas exploran el país en todos sentidos. En todas estas líneas el tráfico continúa provisionalmente. He aprovechado esta circunstancia para dirigirme a Courcelles y desde allí visitar los campamentos de nuestras tropas. Regresaré por Julet, Roux y Lodelinsart, apeándome en todas las estaciones. En todas partes hay caballería, de muy buena presencia. Alineados en uno de los bordes de la carretera, en buen orden, los caballos, en la bruma matinal, piafan, agitan sus remos y se desperezan, mientras que allí cerca los jinetes conversan alegremente y fuman cortas pipas o gruesos cigarros belgas. De vez en cuando, a lo lejos, suena la fusilería, y regresan las patrullas trayendo prisioneros y caballos. Oigo a un cabo dar el parte a su jefe: «A 200 metros del puente de la Carroserie, he visto desembocar del bosquecillo siete hulanos; tres han sido derribados; los demás han huido».

»A una señal del capitán, todo el escuadrón monta a caballo y se aleja; al cabo de algunos minutos se oyen de nuevo los disparos.

»A mi regreso en Charleroi, he sabido que un pelotón de húsares de la muerte, en total veinte hombres y entre ellos un oficial, ha entrado, hacia las siete de la mañana, en la parte alta de la ciudad, y bajado tranquilamente hacia el Sambre, saludando militarmente a la gente que encontraba. «¡Buenos días, buenos días!—decían—¡Amigos, amigos!» las muchachas a la puerta de sus casas, las tenderas, en el umbral de las tiendas, engañadas por el color de los uniformes, los tomaron por ingleses. Gritaron «¡Viva Inglaterra!», y los soldados, engañados por estas voces, les dejaron pasar. Desde una ventana los vió un oficial y rabioso por el error saltó detrás de ellos a la calle y a grandes voces puso en alarma al puesto de guardia de la calle del Puente Nuevo. Por la esquina de la calle de Montigny pasa la línea de un tranvía. Los infantes, reunidos a toda prisa les acechan, derriban a dos y hieren a tres; el resto, con el oficial, huye. Dos horas después he visto el teatro del drama. Un poste del tranvía, de 60 a 70 centímetros de diámetro, ha sido atravesado de parte a parte, y la bala, quince metros más allá, se ha hundido hasta el culote en el muro.

»No se creía posible una visita como ésta. Revela que el enemigo está muy cerca y conserva aquella tradicional audacia y despreocupación que tanto nos sorprendió en 1870.

»Inmediatamente se dió orden a los habitantes que entrasen en sus casas y no salieran de ellas, con las puertas y ventanas cerradas, sin asomarse a la calle.

Prohibida en las más de las calles, la circulación quedó reducida al mínimo estrictamente indispensable, y las centinelas principales fueron dobladas. Dos ametralladoras se colocaron en batería en el puesto de guardia de la estación. Sólo se puede entrar en la estación por puntos muy distantes de la zona barrida por el fuego de las ametralladoras y fusiles. Los soldados, contentos, se frotan las manos y rehusan los víveres que el pueblo, obreros y pequeños burgueses, les lleva. «No es desprecio, dice un cabo, que acaba de rehusar un beefsteack. Si comiésemos todo lo que nos traen, reventaríamos. Estoy en mi noveno café con leche, en mi duodécima tartina y no puedo más».

«A eso de las dos, se deja oír el tronar del cañón, pero tan lejano, que en el primer momento, en aquella atmósfera tempestuosa, se le tomaría por el sordo fragor de trueno lejano. El ruido nos llega de dos puntos diferentes, del S., y del N. Lo que pasaba, debía yo saberlo cuatro horas más tarde por testigos oculares. En el norte se peleaba en dos puntos. Los alemanes, que venían de Ehezoé, pusieron cañones de sitio en batería contra Namur, y los fuertes les enviaron una respuesta tan precisa y tan perentoria que en menos de una hora la batería alemana, destruída, cesó el fuego. También se luchaba en otra parte, en Genappe, donde la misma suerte quedó reservada a un grupo de tropas alemanas que ocupaban, de Braine-l'Alleud a Genappe, un frente de 15 a 18 kilómetros.

«Respecto de lo que ha ocurrido al S. de Namur, he aquí el relato que me ha hecho Juan Augusto Leclerc, empleado en Revin, Ardenas francesas, y Carlos Canivet. El primero, súbdito belga, había ido a Namur a abrazar a sus padres. El segundo, ciudadano francés, salía del arrabal meridional de Namur, donde estaba empleado en una fábrica, para ir a incorporarse. Ambos salieron de Namur por la mañana, a las siete cuarenta, esperando valerse de la única vía férrea cuyo tráfico no había sido interrumpido, para descender, por Mettet y Florennes, a Givet.

«Al cabo de media hora de viaje, el tren se detuvo en Moustier. Se nos advirtió que había que retroceder o continuar a pie. Sabíamos que de Charleroi a Mettet hay una segunda línea y nos encaminamos a Chatelineau, donde esperábamos tomar el tren. A las 8 y 15, nos encontramos a mitad de las alturas en que se alza Nam-sur-Sambre. En la colina opuesta, una aldea de una a diez casas ardía como una antorcha. Frente a nosotros, a media ladera, un espeso bosque, de una anchura de unos 800 metros pero mucho más profundo. En el valle no se oía un ruido, y a primera vista no se descubría un ser viviente. De pronto, desde las laderas de Ham, precisamente encima de nuestras cabezas, parte una descarga de cañonazos; oímos cuatro: es una batería que dispara con granada contra el bosque; de la linde del bosque se ve enseguida salir infantes alemanes, los unos desbandados y fugitivos, los otros en hileras de cuatro, en columna; por derecha e izquierda, los disparos derriban a los fugitivos. Los que quedan se repliegan a cubierto. En el mismo momento, una segunda descarga destruye a nuestra vista la columna. Era un espectáculo trágico».

HOJEANDO LA PRENSA EXTRANJERA

La prensa francesa llena estos días sus páginas con el relato de numerosas y decisivas victorias. Los triunfos, anunciados con grandes titulares, y sin indicar a menudo el lugar donde han tenido lugar, asombran a primera vista, porque después de la derrota que han sufrido en las jornadas del 22 al 24 de agosto, no se acierta a comprender cuál sea el fundamento de las victorias. La lectura de los párrafos, de letra pequeña, que figuran debajo de las grandes titulares da a conocer que las victorias son de los rusos, de los serbios, de los montenegrinos, de los japoneses, hasta de los belgas. ¡Qué triste debe de ser tener que acudir al relato de las hazañas y proezas que tienen efecto a millares de kilómetros de distancia, para reanimar al pueblo y hacerle perder de vista lo que está ocurriendo en casa!

La prensa inglesa, siempre cauta y prudente, es más instructiva. No oculta ya su despecho, ni conserva la serenidad de los primeros días. Ha sido una lección terrible para los ingleses tener que reconocer que aquel muro inquebrantable formado por las bayonetas inglesas, se había puesto en movimiento, y no precisamente en dirección al E., sino a retaguardia, en demanda de otros muros más sólidos formados por las fortificaciones francesas. Y es curioso leer que aquellos 200.000 soldados que dijeron habían enviado al continente se han reducido a 40.000 el día de la batalla; por lo visto, creían que los alemanes se asustarían y echarían a correr leyendo que la izquierda francesa había sido reforzada por 200.000 ingleses. Lo malo para ellos es que nadie creyó lo que decían, por la poderosa razón de que no había 200.000 soldados en Inglaterra. Menos mal para la Gran Bretaña, que ahora acuden muchísimos millares de hombres del Canadá, de la Australia, etc., etc., fíjese el lector, de todas partes menos de Inglaterra.

Porque lo más curioso del caso, es que la derrota de las tropas del general French les ha escocido tanto que no ocultan ya algo que, siquiera por respeto a los franceses, debían haber callado, aunque lo sabíamos todos. He aquí lo que dicen, mas o menos retórica y enfáticamente: la guerra no nos importa ni nos afecta. de ella nos llega todo lo bueno (ruina del comercio alemán y substitución por el británico) y nada de lo malo; no hemos oído ni creemos que oiremos los cañonazos del enemigo; es Bélgica y acaso Francia quien esta sometida a la pesadumbre de la guerra, de manera que no tenemos por que preocuparnos, y puede el baile continuar; entre tanto, Alemania se desangra y se arruina, y a su tiempo se rendirá a nuestros pies, sin que tengamos que hacer otra cosa que gastar algunas sumas para apoyar a nuestros aliados y sostener la recluta de voluntarios. Un corresponsal del *Times*, en particular, ha puesto los dedos sobre la llaga, en un comunicado que la redacción elogia en el artículo de fondo; he aquí lo que dice, en resumen: mientras nuestra escuadra siga guardando las costas, mientras dominemos en el mar,

mientras nuestros grandes centros comerciales y navales no sean atacados por los aeroplanos y dirigibles enemigos, y mientras los submarinos alemanes no hagan destrozos en la flota, poco ha de preocuparnos la guerra, y ello es tan cierto que muchas ciudades inglesas, Glasgow a su cabeza, no quieren persuadirse de que la nación está en guerra y se muestran refrasarias a hacer ningún sacrificio de orden financiero. Tienen completa razón los ingleses: en eso está su fuerza, su inmensa y casi indestructible fuerza; pero la caridad, cuando no los deberes de la alianza, podrían hacerles algo más circunspectos para no lastimar a sus eternos enemigos y hoy aliados, los franceses. También es digno de mención el hecho de que los ingleses hablen con cierto tono de conmiseración y lástima de los ejércitos franceses. ¿Qué más quisiera Inglaterra que poseer un ejército como el francés? Pero la soberbia inglesa, lejos de desaparecer después de la derrota de Charleroi, se ha acentuado aun más.

La prensa rusa, en general, porque también hay excepciones y muy brillantes ciertamente, se expresa con más mesura al referirse a los éxitos de sus ejércitos. En Rusia nadie ignora ni la prensa trata de ocultarlo, que las cosas van mal en Polonia, que Austria es temible y que las incursiones en la frontera N. E. de la Prusia oriental no tienen nada que ver con la marcha a Berlín. Los rusos saben que la guerra será larga y no muestran prisa; además su temperamento y la misma historia les enseñan que nunca Rusia ha sido capaz de decidir pronto una guerra, ni en bien ni en mal, de modo que no hay motivos que justifiquen el conmover artificiosamente y sin fundamento la opinión.

La nota regocijada y alegre la están dando, como siempre, los montenegrinos y los serbios y los belgas. Los serbios y los montenegrinos repelieron las repetidas tentativas de los austriacos para cruzar las fronteras, y por si esto fuera poco, entraron en Bosnia, en Herzegovina, en Hungría, en Dalmacia...; no contentos todavía, causan derrota tras derrota a los enemigos y los arrojan constantemente de Serbia y de Montenegro, y cada vez los arrojan fuera desde un punto situado más en el interior de su propio país. Hagamos una excepción, la del presidente del Consejo de Ministros serbio Patchicht, que contestó en términos discretos y como extrañándose al vibrante despacho de felicitación que el Gobierno francés le dirigió por las estupendas victorias de las armas serbias.

Ahora resulta que la evacuación de Bélgica, la pérdida de Lieja, las derrotas repetidas de los belgas, la retirada o huida, mejor dicho, a Amberes, todo lo que está pasando en Bélgica estaba previsto y formaba parte de un plan madurante estudiado, según dice el Ministro de la Guerra de aquel país; hay que creerle, pero haciendo la salvedad de que este plan, realizado en todas sus partes, fué estudiado en Berlín y no en Bruselas. ¡Pobres belgas, que ni siquiera han sabido prever el ataque a Lieja, y que ven cómo se bambolea la existencia de su reino!

SUBRIO ESCÁPULA

CRÓNICA MILITAR

I Preliminar.—II. Error fundamental de la concentración francesa.—III. Error de los franceses al pronunciar la ofensiva.—IV. Influencia funesta de la cooperación británica.—V. Causas remotas del fracaso del plan francés.—VI. El peligro de Amberes.—VII. El plan alemán.—VIII. La batalla del 22 al 25 de agosto.—IX. Operaciones del 25 al 31 de agosto.—X. Operaciones en el teatro oriental.

I.—Preliminar

Cuando indiqué en crónicas anteriores que el principal objetivo de los alemanes al invadir Bélgica no era efectuar la invasión de Francia, cuando insistí en la presencia de otros ejércitos en el Luxemburgo y en la región de Metz, a pesar de que lo negaban muchos críticos militares, y cuando finalmente apunté las zonas de concentración probables del ejército francés, se me hizo notar por amigos extranjeros la conveniencia de abstenerme de emitir ideas en momentos de tanta obscuridad y en los que cualquier indicación podía tener alguna importancia. Como mi objeto no es otro que el de procurar desentrañar la verdad sin inclinarme a ninguno de los dos partidos, ni desear el triunfo de uno determinado desde el punto de vista militar en que me coloco al escribir estas impresiones, me abstuve en lo sucesivo de ahondar más en el asunto, esperando que no tardaría en llegar el día en que la discreción fuera innecesaria, por haber hablado los hechos con su peculiar elocuencia. Ese día ha llegado y no hay para qué guardar silencio. Expongamos pues los antecedentes de la batalla Mons-Lorena.

II.—Error fundamental de la concentración francesa

Puesto el veto por Inglaterra a la invasión de Bélgica, y hallándose el teatro de la guerra del N. muy lejos del centro de gravedad de todo el país, la concentración francesa se llevó a la frontera con Alemania. Esperaban los franceses que los alemanes intentarían un golpe por Bélgica, pero contaban con la resistencia de aquel pequeño reino y con la ayuda inmediata de Inglaterra; en esto no se han equivocado; el error ha consistido en creer que el invasor se vería detenido algunas semanas antes de llegar a la frontera francesa y las semanas se han trocado en días. Contando con el ataque por Bélgica, esperaban principalmente los franceses contrarrestarlo mediante una enérgica ofensiva que tomarían por la Lorena y la Alsacia, la cual, amenazando las comunicaciones del enemigo, les obligaría a desistir de su acción por el N., y llevaría la guerra a su teatro principal, el más preparado por las fortificaciones fronterizas.

En Bélgica, como he dicho repetidamente, sólo entró un ejército auxiliar, no el principal, ni mucho menos. Pero las exageraciones de las noticias de origen belga, la asombrosa y admirable marcha ofensiva de la caballería alemana, que precedía muchos kilómetros a las cabezas de columna, y los fáciles éxitos alcanzados por el invasor en su paseo triunfal por aquel pequeño reino, hicieron creer al general Joffre, que efectivamente la masa más importante del enemigo se encontraba al N. Había llegado el momento de poner en ejecución el plan francés, y los

ejércitos del centro y del S., acometieron al enemigo invadiendo el primero la Lorena y el segundo la Alsacia.

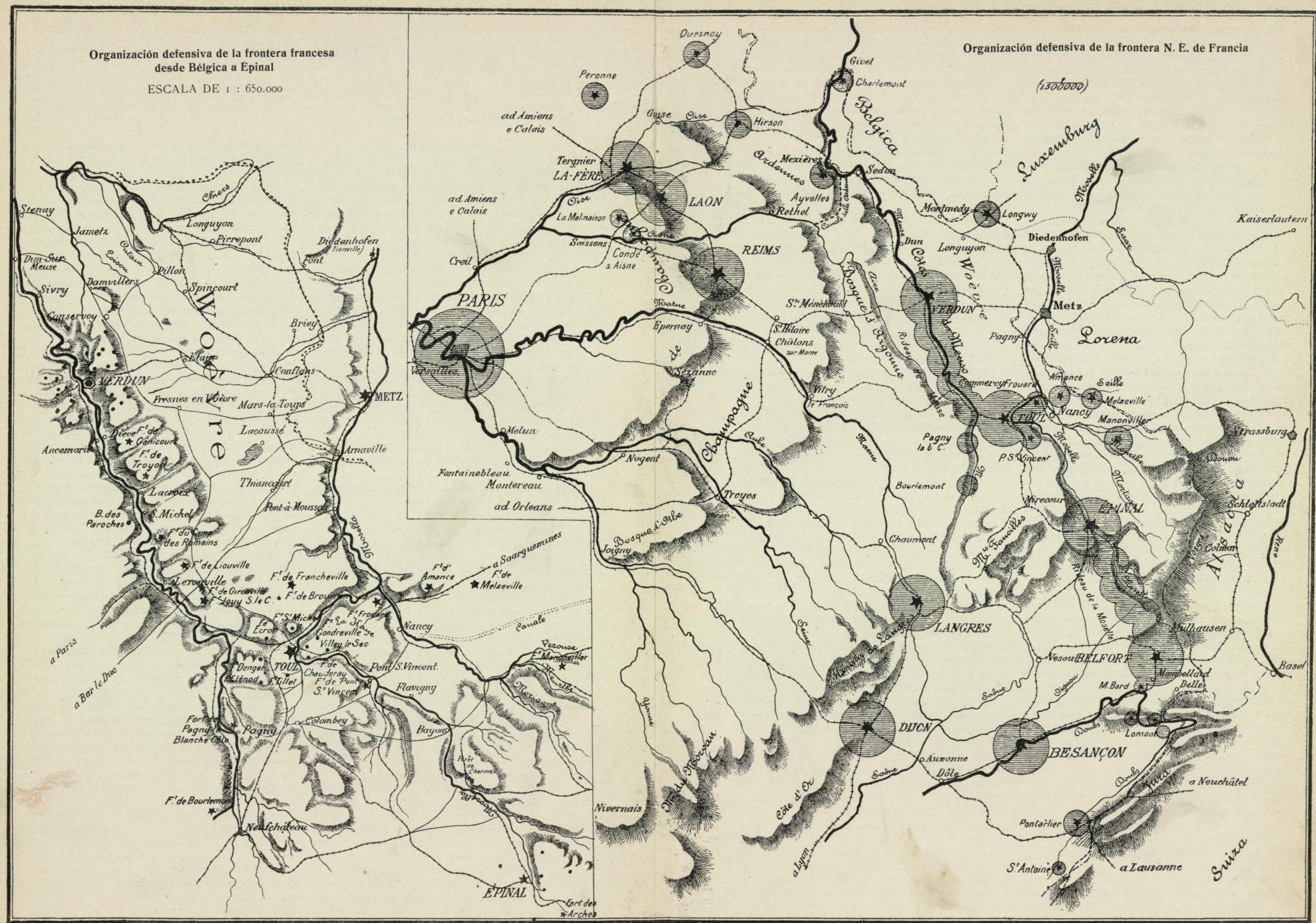
En este último, pequeños contingentes enemigos, resistiendo tenazmente y exponiéndose a ser destruidos, tuvieron en jaque algunos días a los franceses, que no salieron de su error hasta tres días más tarde. Pero como el ejército del S. estaba concentrado, lo más indicado por la situación era repetir el ataque y procurar obtener de él los mayores frutos. Sobrevino entonces la segunda invasión de Alsacia; los resultados distaron mucho de lo que se esperaba, gracias a la defensa paso a paso de las tropas de segunda línea alemana allí apostadas. La acción principal, la que constituía el eje de todo el plan, era la que había de desarrollarse en Lorena, y allí se pronunció una vigorosa ofensiva, que los alemanes contuvieron astutamente durante seis días; pero cuando ya el ejército alemán del norte había conseguido su primer objetivo y el del centro estuvo concentrado, no había para qué guardar una actitud pasiva, y súbitamente el formidable ejército alemán de Lorena se lanzó a la contra ofensiva y derrotó totalmente a los franceses, infligiéndoles una derrota de mucha consideración. Entonces, y sólo entonces es cuando el general Joffre se dió cuenta de su error: lo que él había creído centro alemán no era más que ala izquierda, el centro, en los dos Luxemburgos, se hallaba a cubierto del ataque francés, y la derecha enemiga se inclinaba cada vez más hacia la frontera N. de Francia. Coincidiendo con el comienzo de la batalla de Lorena, el generalísimo francés trató de paralizar el avance alemán por Bélgica, enviando al N., algunos cuerpos para acometer al enemigo de flanco; la conducta de la caballería alemana en Dinant, deteniendo y fijando el avance francés, pareció indicar que el enemigo se concentraba en la región cercana a Namur, cuando en realidad había pasado de largo y marchaba a toda prisa hacia la costa, esperando, como así aconteció, que nuevas tropas cubrieran el claro.

Derrotado en la derecha, contenido en el centro y comenzado a desbordar por la izquierda, el general Joffre se lanzó al ataque contra el ejército alemán de Bélgica o del N., teniendo lugar la batalla colonial cuyo desarrollo, anunciado como muy largo y de resultados buenos en unos puntos, indecisos en otros y acaso malos en algunos por el Ministerio de la Guerra francés, se decidió en menos de tres días y con consecuencias notoriamente funestas para los aliados en toda la línea.

Vemos, pues, que los alemanes operaban con absoluta iniciativa y sin preocuparse de lo que hiciera el enemigo, mientras éste, que quedaba subordinado en sus movimientos estratégicos al primero, incurrió en un segundo error, todavía más fatal que el de la concentración: intentar la ofensiva en condiciones que no se prestaban al ataque.

Organización defensiva de la frontera francesa
desde Bélgica a Epinal
ESCALA DE 1 : 650.000

Organización defensiva de la frontera N. E. de Francia
(1:500.000)



III. — Error de los franceses al pronunciar la ofensiva

La ofensiva en la Lorena estaba recomendada por la situación. Estuviera allí el centro alemán o simplemente una de las dos alas, una victoria decisiva de los franceses hubiera paralizado en el acto la marcha a través de Bélgica. No acontece lo mismo en lo que atañe a la ofensiva por el N., contra la línea Namur-Mons.

Al emprenderla, los aliados ignoraban la situación exacta del enemigo y sus fuerzas; no habían tanteado aun la región de Luxemburgo, y el frente de batalla carecía de homogeneidad y solidez, consecuencia de la prolongación del frente hacia la izquierda y la marcha rápida hacia Bélgica de cuerpos estacionados poco antes en la frontera del E. Era una situación forzada, improvisada, que sólo podía tener como disculpa el hallarse el adversario en plena marcha, sin haber concluido el despliegue. Con todo, los franceses no ignoraban que tenían que habérselas con el enemigo más formidable y más guerrero que ha pisado nunca los campos de batalla.

Empeñando la batalla en estas condiciones, otra circunstancia empeoró la situación de los aliados. La dislocación de los franceses hacia el N., impuesta por la invasión de Bélgica, fué causa de que se estableciera en el extremo flanco izquierdo de la línea el ejército menos maniobrero y menos acostumbrado a la gran guerra: el británico, y cabalmente era aquel extremo el más expuesto a ser envuelto y el que requería la presencia de tropas más móviles y de más resistencia para la marcha.

Finalmente, apenas el grueso francés entró en Bélgica, dejó al descubierto su flanco derecho, amenazado desde las fronteras de Luxemburgo. De manera que hemos presenciado el caso de un ejército que pronuncia una impenitosa ofensiva teniendo poco asegurados los dos flancos, internándose lejos de sus líneas de comunicación y sin conocer exactamente la situación del enemigo. Esa es una ofensiva ciega, insuficientemente preparada, sin base en que apoyarla, y lo que todavía es peor, sin que pudiera conducir a un resultado decisivo, toda vez que la derrota de los alemanes en Bélgica no hubiera tenido consecuencias de consideración para la campaña de Francia, en tanto se conservara incólume el eje central de Luxemburgo.

Es el caso de un ejército que va voluntariamente a su perdición; sólo la rapidez de acción y un movimiento genial de las tropas en el campo de batalla podían haber salvado a los franceses. Por desgracia para éstos, no ha vuelto a aparecer ningún Napoleón desde los días de Santa Elena.

IV.—Influencia funesta de la cooperación británica

En este primer período de la guerra, la cooperación inglesa ha sido más perjudicial que útil para los franceses.

Dejando aparte que el veto inglés fué el motivo de que los alemanes se adelantaran a los franceses en la invasión de Bélgica, el desembarco de fuerzas británicas en el continente y la necesidad política de

aguardar su llegada para operar en combinación con ellos dió seguridades a los alemanes para proseguir su avance por el N., en tanto que perjudicaba a los franceses en dos conceptos: primero, porque confiaron en que la presencia de los aliados en la región occidental contendría al enemigo, amenazándole, mientras se desarrollaba la ofensiva en Lorena, en Alsacia y á lo largo de la línea del Sambra; segundo, porque, al ver desbaratados estos cálculos, no tuvieron ya más remedio que aguardar la entrada en línea de los ingleses, lo que hizo quedase fijado de un modo demasiado concreto y poco en armonía con las necesidades estratégicas el extremo izquierdo de la línea de batalla.

Los movimientos franceses preliminares de las batallas de Charleroi, carecen pues de aquella espontaneidad que se refleja en casi todas las maniobras que conducen a un éxito decisivo. Hay vacilación, incertidumbre, el deseo de atender a otros fines que los puramente derivados de la situación militar.

V.—Causas remotas del fracaso del plan francés

No se debe reprochar al generalísimo Joffre por el fracaso de sus primeras combinaciones. Hay algo por encima de él que le libra de una gran parte de la responsabilidad.

Ante todo, el estado político del país, la agitación de los espíritus, ha impedido mantenerse a la defensiva y ganar tiempo para que la acción rusa comenzara a ejercer sus efectos. El espíritu público habría sufrido una tremenda depresión moral, y ha sido menester lanzarse a la ofensiva cuando todo aconsejaba mantenerse en actitud expectante. En segundo lugar, la campaña emprendida en Francia por técnicos muy distinguidos contra el valor de las fortificaciones permanentes, ha rebasado los límites prudentes y entrado en la exageración; esa campaña, cuyo origen no sería difícil encontrarlo en los periódicos y revistas militares de Alemania, engendró hace ya años la desconfianza de los franceses en sus plazas fronterizas, a las que muchos negaban todo valor; todas las esperanzas se cifraron en el ejército de primera línea y a él casi exclusivamente se encomendó la misión de derrotar al enemigo. Parece extraño que procediendo el general Joffre del cuerpo de Ingenieros se dejara ganar por esa campaña, pero ello es evidente y los hechos lo están demostrando.

Si los franceses hubieran confiado un poco más en sus fortalezas, que no obstante la opinión general eran reforzadas y puestas constantemente al día, la agrupación inicial de sus ejércitos fuera muy otra. En disposición la frontera de contener al invasor algunos días (semanas en realidad, pero basta para el caso con algunos días), y mucho más descuidada la frontera belga, del N., parecía natural que la concentración tuviera lugar hacia esta última zona, de modo que se pudiera hacer frente a la amenaza por cualquier punto que se presentara: por el N. con las escasas plazas que allí hay y el grueso del ejército; por el E. con las formidables fortificaciones y algunos cuerpos de ejército; al despejarse la situación, se hubieran tomado las medidas definitivas más oportunas. Esto nos conduce a la verdadera causa del fracaso.

Para adoptar un plan tan prudente era condición indispensable que se abandonara la iniciativa en manos del enemigo, y que la guerra comenzara por la defensiva. Pero los hombres públicos de Francia, los directores de sus destinos, impusieron al ejército la guerra ofensiva, que los militares no sentían y que en su fuero interno consideraban desastrosa. Se pidió, se exigió al ejército, que desde el primer momento salvara los intereses franceses y llevara la guerra al país enemigo, comenzando por reconquistar la Alsacia y la Lorena francesa. El Ministerio de la Guerra, casi siempre confiado a hombres civiles, pesó demasiado sobre las deliberaciones del Consejo de Guerra, compuesto por los más eminentes generales, y no hubo el debido acuerdo entre los deseos que el patriotismo aconsejaba y los medios que sólo los técnicos conocían en su verdadero alcance y valor. De esto resultó que el ejército ha sido llevado por derrotos que no le convenían, y que por consiguiente habían de resultar contrarios a la Nación.

Esa misma ingerencia de elementos profanos ha sido causa de que el alto mando haya cambiado repetidamente de titulares, sin dejar que la persistencia y perseverancia de su labor diera sus frutos naturales. Todo se quería deprisa y por medios rápidos y geniales. Y en nuestros tiempos la guerra es sinónimo de método y de previsión, porque el genio mismo sólo merece este nombre cuando, como acontece en el caso de Napoleón, el orden y el método son llevados a extremos que no es dado alcanzar al común de los mortales.

Por si todavía esto fuera poco, el generalato en Francia se ha visto sujeto a pruebas muy crueles. Se le ha rebajado, se le ha obligado a someterse, aun dentro de las esferas privativas de su acción, a los elementos que por el momento privaban en la gobernación del Estado, aunque no estuvieran en las esferas del Poder, porque no les ha bastado con el respeto y la obediencia al Poder constituido, que esto ni siquiera es discutible, sino que se ha querido, y, lo que es peor, conseguido, cercenar las facultades de los generales, posponiéndolas a las de los prefectos, aun en caso de alteración del orden público, y acostumbrando a los que habían de ser los caudillos del ejército el día del peligro, a ceder ante las meras indicaciones de personajes influyentes. Las quejas y lamentaciones de comandantes de cuerpo de ejército, división y brigada y de los jefes de los regimientos eran continuas y harto fundadas; se les cercenaba su acción disciplinaria; se les sometía a una fiscalización indirecta, pero patente; se abrían investigaciones sobre sus ideas políticas y religiosas... Y, simultáneamente, se elevaba al soldado, se le reconocían mayores derechos cada vez, se le mimaba, se le atendía, y siempre era la autoridad de los jefes la que padecía. Mr. Poincaré comenzó a poner un freno a estas costumbres tan perniciosas, pero no ha tenido tiempo de completar su excelente obra. El mal de tantos años era grave y las heridas tardan en cicatrizar.

En estas condiciones tan deplorables ha iniciado la campaña el alto mando francés. Al sonar el primer clarín de guerra, se ha querido rodear al generalato del prestigio y de la fuerza moral que se le habían arrancado, pero era ya tarde. Y los generales, puestos súbitamente en un plano al que no estaban

acostumbrados, han pretendido hacerse dignos de la confianza que antes se les negaba, tomando medidas precipitadas y sin la ecuanimidad y digna confianza de aquellos otros — los alemanes — que saben, por experiencia de la paz que la Patria tiene plena confianza en sus aptitudes y no les exige más que la victoria, sin preguntarles la hora ni los sacrificios que impondrá.

Mandar bien centenares de miles de hombres; conservar en todos los momentos la serenidad suficiente para lanzar a la muerte, con entera sangre fría, masas de miles de individuos; adoptar disposiciones que lesionen los intereses de pueblos, comarcas y provincias, pero que conduzcan al bien general; tener el orgullo de asumir la responsabilidad de los propios actos, para lo que es necesario una gran libertad de acción, dentro de las leyes y reglamentos; ejercer el mando sin restricciones y acostumbrarse a verse obedecidos en lo grande, lo que lleva envuelto el ser obedecidos también en lo pequeño y en lo ínfimo; todo esto y mucho más que no cito para no hacerme interminable, ha de ser hijo de un medio ambiente y de una escuela nacional, que no es, en verdad, la que ha presentado la nación francesa en los últimos treinta años. Seamos, pues, indulgentes con los generales de la República vecina, porque se encuentran en condiciones muy inferiores, en todos conceptos, a los alemanes, y para ellos el mando es más difícil que en otro cualquier país de Europa.

Pero no se lamenten ahora los franceses de cosechar los amargos frutos que ellos mismos han cultivado; es tarde ya para hablar de disciplina, de subordinación y de obediencia. El espectador imparcial ha de declarar que el ejército francés, a pesar de sus primeras derrotas, se ha portado mejor de lo que podía esperarse, dada la situación que se le había creado. Si la guerra es de larga duración, todavía podría remediarse el daño que la ceguera francesa se ha causado a sí misma.

VI.—El peligro de Amberes

Desde el momento mismo que los alemanes entraron en Bélgica, se alzó un peligro ante ellos de más importancia que la presencia de los ejércitos aliados en la frontera francesa: el campo atrincherado de Amberes. Si los belgas, en lugar de oponer resistencia al avance alemán y permitir que su ejército fuera deshecho en cuantos puntos trató de medirse con el invasor, hubieran observado una conducta más prudente, a estas horas la guerra presentaría otro cariz muy diferente.

Cubiertas las fronteras francesas del E. y N. E., en marcha hacia las del N. numerosos contingentes y desembarcando en el litoral algunos millares de ingleses, los alemanes se vieron obligados, aun contra su voluntad, a dirigir sus armas hacia el S. de Bélgica y oponer a los aliados masas importantes. Para abordar la frontera francesa del N., simplemente para hacer frente a los anglo-franceses, debían conversar hacia el S. presentando la espalda a la plaza de Amberes. Encerrado en ella el ejército belga, intacto, sin haber sido contrastado en el campo de batalla, hubiera sido una incógnita para el invasor, al que pusiera en el caso de despachar un ejército contra aquel campo atrincherado, para no verse acom-

tido de frente y de revés. En lugar de obrar de un modo tan cuerdo y que tan en armonía hubiera estado con las conveniencias del país, los belgas, lejos de protestar y encerrarse en Amberes, Lieja y Namur sin presentar resistencia, la opusieron tenaz y hasta los habitantes pacíficos hicieron armas contra el invasor. El resultado fué que las tropas belgas se vieran batidas una y otra vez, deshechas, quebrantado su espíritu y puestas virtualmente fuera de combate, con escasísimas pérdidas y muy pocos sacrificios por parte de los alemanes. Estos saben ya a qué atenerse sobre el valor de conjunto del ejército belga, y en lo sucesivo apenas le prestarán atención. Esa torpeza de los belgas hay indicios para creer que les fué impuesta o sugerida por lo menos por Londres y París, que a cualquier precio necesitaban que se paralizara o entorpeciera la marcha de los alemanes hacia el O; haciéndoles caso, Bélgica, de neutral pasó a ser beligerante y ahora tiene que lamentar, cuando ya no hay remedio, que su país haya sido el primer teatro de la guerra y sufrido la acción más dura de ésta; al mismo tiempo, se ha inutilizado para combatir en campo abierto, y la defensa de Amberes, con el ejército desmoralizado y el pánico en la población, comienza bajo los peores auspicios para el sitiado.

Los alemanes vieron claro desde el principio: no concedieron a la resistencia de Bélgica más que el valor exacto, y prescindieron de ella en sus planes; la invasión se realizó con el método y orden de unas maniobras generales; y al llegar la batalla general contra los aliados, no vacilaron en desguarnecer el frente de Amberes y todas las tropas disponibles se dirigieron hacia el S. Es cierto que los belgas intentaron una reacción ofensiva, y desde Amberes marcharon a Malinas, pero este atrevimiento lo han pagado caro porque de nuevo han sido batidos y deshechos, empeorándose así la situación de Amberes. Ni siquiera en la oportunidad de la reacción han estado acertados, porque la efectuaron a destiempo y sin la energía que ha de caracterizar este movimiento.

No menor ha sido la equivocación de los ingleses. La colocación de las tropas de desembarco y su cooperación en la batalla han resultado más funestas que útiles. La concordancia de esfuerzos de dos ejércitos aliados que combaten en una misma línea es cuestión harto difícil y que, por lo común, ha conducido a desastres: se debilita la unidad de mando, la acción se desenvuelve deslabazada, sin concordancia, y al llegar la hora de la contricción cada cual echa la culpa al otro. 50 o 60 mil ingleses en la extrema izquierda francesa no han servido para nada; pero esa misma masa en Amberes hubiera cambiado completamente el aspecto de la guerra. Pero Inglaterra no tuvo la previsión de Alemania, y al comenzar la guerra correspondieron a ésta las ventajas y a la otra los inconvenientes. Léase lo que sigue y se comprenderá hasta dónde llega la preparación alemana.

Amberes se encuentra a orillas del Escalda, pero las bocas de este río están todas en territorio holandés, hallándose dominadas las entradas por los fuertes de Flesinga. Estos, de fecha ya remota, fueron objeto hace algunos años de reformas que les pusieron a cubierto de un ataque, a pesar de la oposición

de Inglaterra; Alemania instigó y punto menos que obligó a reforzar las defensas del Escalda, amenazando a Holanda con no respetar su neutralidad al llegar la guerra si descuidaba aquel asunto, que Berlín consideraba esencial.

Los holandeses, mirando más a su conveniencia que a las demandas de Berlín, pusieron mano en la defensa de las bocas, mejorándolas extraordinariamente en los dos últimos años, y gastando sumas inmensas en el artillado y la fortificación: la guerra ha estallado antes de que terminaran las obras, pero, con todo, éstas pueden oponerse con eficacia al paso a viva fuerza de una escuadra. De esta suerte, para desembarcar los ingleses un cuerpo expedicionario en Amberes, necesitaban previamente pasar ante los fuertes de Flesinga, holandeses, como queda dicho, violando la neutralidad de los Países bajos y exponiéndose a que éstos—como los belgas en Lieja—apelasen a la suprema razón, las armas, para hacer respetar su neutralidad, o se alistaran en el bando alemán. A pesar de todo, es probable que Inglaterra intentara el desembarco en Amberes de hallarse tan prevenida como Alemania; no fué así, ésta tomó la delantera, y los ingleses hubieron de conformarse con presenciar cómo se les cerraba una plaza deseada hacia siglos y el mejor punto para coadyuvar en la lucha y frustrar las tentativas que Alemania dirigiera contra las costas inglesas del mar del N.

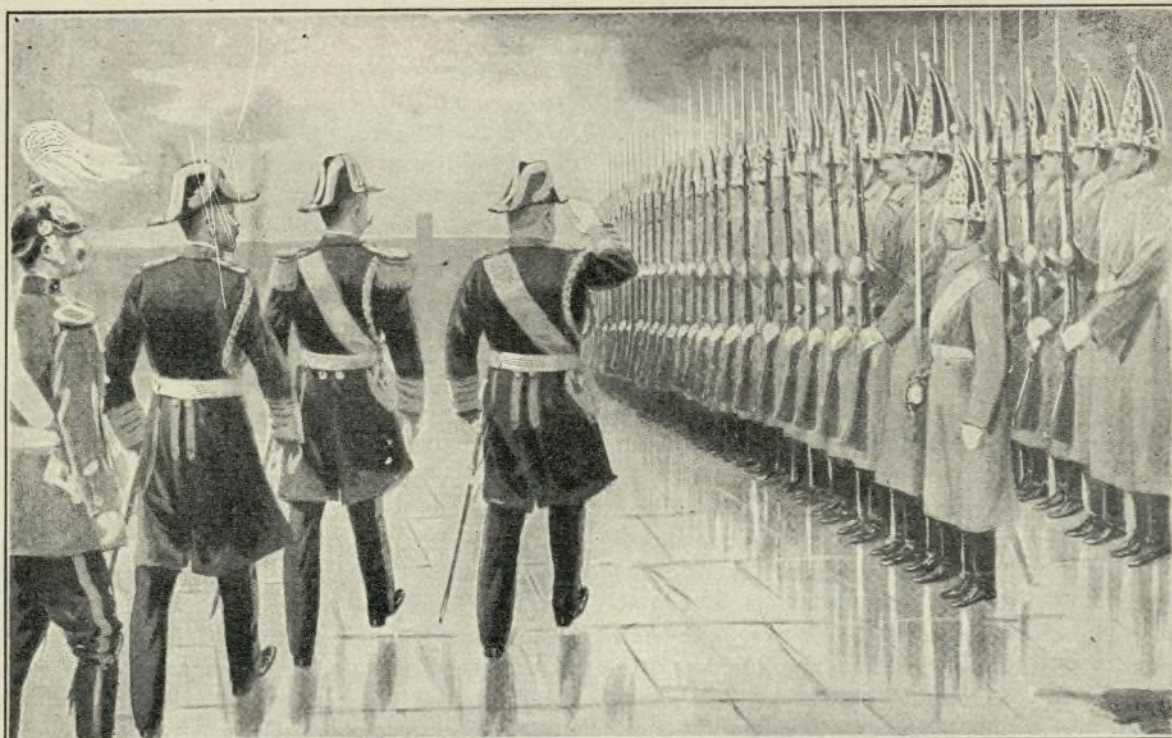
No había otro camino, para llegar a Amberes, que el de Flandes, en la Bélgica occidental; los alemanes llegaron antes y no quedó ya a los ingleses otro recurso que formar al lado de los franceses.

Por consiguiente, la invasión rápida e inesperada de Bélgica ha librado a los alemanes del mayor peligro que podía presentárseles: un desembarco inglés en Amberes, con la anulación de todos los planes contra las costas británicas. El 4 de agosto ganaron a la vez los alemanes la primera partida contra Francia y dieron el primer golpe a Inglaterra. Su objetivo estratégico preliminar quedó alcanzado así que Lieja les abrió sus puertas.

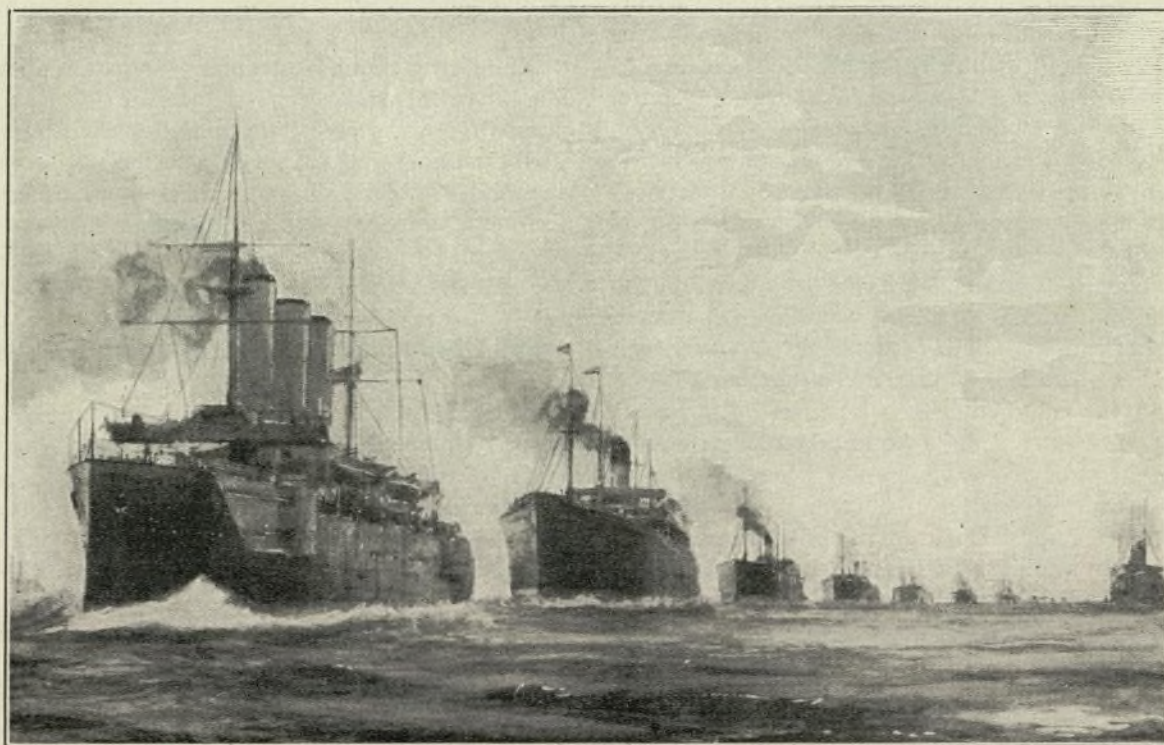
VII.—El plan alemán

Por lo que se va viendo, el plan alemán es grandioso, dentro de su sencillez. Los acontecimientos han confirmado casi todo lo que dije en otras crónicas, con la única diferencia entre ellas y la realidad de que ésta tiene más alcance y un vuelo más amplio.

Los alemanes han concentrado sus tropas en tres grandes masas, que acaso para facilitar la dirección y los movimientos se hayan dividido en cinco ejércitos. La primera masa (primer ejército) está en Lorena, región de Metz, como vengo señalando hace casi un mes. La segunda, muy importante (segundo ejército) en Luxemburgo; es el eje y el punto central de la maniobra; parte de esta masa se concentró en el Luxemburgo belga, un poco más al N., constituyendo el tercer ejército, y su misión principal consiste en relacionar y hacer concordantes los esfuerzos de las dos alas. La tercera masa, que al principio parecía única, es en realidad doble, formada por los ejércitos cuarto y quinto; el primero opera contra la frontera francesa del N., mientras que el segundo persigue la realización de los objetivos complemen-



Recuerdos oportunos: El Kaiser y el rey Eduardo de Inglaterra revistando la guardia imperial alemana, durante la visita que el monarca británico hizo a Berlín



La escuadra de combate alemana en línea de fila

Ayuntamiento de Madrid

tarios que han movido a los alemanes a invadir Bélgica.

Esto sentado, los ejércitos primero, segundo y tercero, masas primera y segunda, de Lorena al Luxemburgo belga, tienen por cometido fijar al ejército francés, impidiéndole trasladarse al N., y emprender la invasión, en cuanto el ala derecha haya conseguido su objeto. A este efecto, el ejército de Lorena, punto de giro de todo el frente, ha de repeler las acometidas enemigas y apoyar el avance general, lanzándose a la ofensiva en el momento oportuno. El segundo ejército, de Luxemburgo, ejecutará la invasión principal, la decisiva, por tropezar con el grueso de las fuerzas francesas: mientras el tercer ejército (Luxemburgo belga) flanquea y protege el avance del ala derecha y coopera en la acción de conjunto.

De los dos ejércitos de Bélgica, uno de ellos ha de desbordar al enemigo, envolviendo su extremo izquierdo y llevando la guerra cerca de la costa, donde ni hay plazas fuertes ni se concentraron tropas francesas de primera línea; el segundo ejército, el quinto, ocupa Bélgica, ha de llegar a las costas del mar del N. y reducir a la impotencia el campo atrincherado de Amberes. Este ejército se mueve en escalones y constituye, a la vez, una reserva fortísima del cuarto ejército. La invasión de Bélgica tiene, pues, un triple objeto: el primero, que se vió desde el primer día, enderezado contra los ejércitos aliados de la frontera francesa del N.; el segundo, dirigido directamente contra Inglaterra, el más amenazador en realidad, por asestarse contra el enemigo más temible y al parecer más invulnerable; cómo desarrollará su acción lo dirán los acontecimientos futuros; el tercero tiene por finalidad la completa ocupación de Bélgica, favoreciendo la anexión si la guerra es victoriosa, y de todos modos tiende a consolidar la neutralidad de Holanda, impidiendo que una flota británica entre en las bocas del Escalda.

Mediante la rápida marcha del cuarto ejército, ala estratégica, por el N. de Francia y la presión ejercida por los primero y segundo, se ha producido el disloque del frente de batalla francés, obligando al generalísimo Joffre a modificar la situación de varios cuerpos de ejército para trasladarlos hacia el N. y poniéndole en la necesidad de prolongar mucho más su frente. Una vez haya tenido lugar el desbordamiento completo de la extrema izquierda francesa, maniobra que está a punto de terminar, si no ha terminado ya, fatalmente se habrá desequilibrado la fuerza de resistencia de la frontera del E., y entonces los ejércitos primero, segundo y tercero romperán con energía para llevar a cabo la invasión tan temida en Francia. Cuál será el punto elegido y cuál la dirección a tomar, los mismos alemanes no lo sabían al iniciar la campaña; serán las que recomienden las circunstancias, una vez tanteado el frente enemigo. Pero todas las contingencias están previstas, gracias a la acumulación de las masas en Metz y los dos Luxemburgos.

De modo, que el plan alemán, a la vez que tendía a romper la resistencia francesa acumulada en la frontera del E., mediante la amenaza por el N., preveía ya la acción futura contra Inglaterra y el engrandecimiento del Imperio.

Reiteradamente la prensa francesa, lo mismo que

la británica, ha afirmado que el plan alemán—el encomendado al ala estratégica—había fracasado, gracias a la heroica resistencia de los belgas, y de esta afirmación se ha hecho eco nuestra prensa. No hay para qué volver sobre la resistencia de los belgas; no ha servido para nada, porque el aplazamiento de las operaciones cuatro días ante Lieja, fué un error del comandante en jefe del cuarto ejército y no una consecuencia de la débil defensa que presentaron las tropas belgas. Si ha fracasado o no ese plan, lo dirán las siguientes cifras:

Para llegar a rebasar la extrema izquierda de los aliados, los alemanes hubieron de recorrer en línea recta desde su frontera 160 kilómetros, mientras que la mayor distancia que los franceses han tenido que internarse en Bélgica para librar la batalla de Charleroi ha sido de 35; y sin embargo, antes han llegado los alemanes a sus puntos de destino que los aliados. Además, a consecuencia de la invasión de Bélgica, los franceses tuvieron que modificar profundamente su línea de batalla y arriesgarse a tomar la ofensiva en Lorena, con el desagradable resultado que es sabido, al paso que los alemanes marchaban perfectamente ordenados en disposición de prestarse mutuo apoyo y poder concurrir masas importantes a los puntos amenazados. Y si no se olvida que para extenderse por Bélgica han tenido los alemanes que abatir la resistencia de las tropas y habitantes de ese pequeño reino, resistencia escasa pero positiva, mientras que los franceses eran ayudados y apoyados por las poblaciones del territorio invadido, dígame si ha fracasado o no el plan alemán. En último término, los hechos proclaman bien alto, por el resultado de la batalla, que los aliados y los belgas han sido desalojados y batidos, empujados al S. los unos y al N. los otros, al mismo tiempo que los alemanes completaban metódicamente la invasión.

En la ejecución de este plan, lo más admirable de todo es la marcha en escalones de los ejércitos cuarto y quinto, precedidos por dos divisiones de caballería; empujaban ante sí a los belgas, les encerraban en Amberes y, sin desatender esta primera necesidad, empeñaban la batalla contra los aliados y coronaban la marcha de invasión con el movimiento resueltamente desbordante por el O.

VIII.—La batalla del 22 al 25 de agosto

El peligro de la maniobra alemana se presentó claro al general Joffre. Tenía dos partidos entre que elegir: el recomendado por la situación general y más en armonía con la finalidad de las operaciones, consistía en acabar la concentración del ejército desde Nancy al N. O., retirándose los cuerpos avanzados a la protección de las plazas fronterizas; en otro lugar quedan expuestas las razones que le indujeron a desechar este plan. El segundo era tomar la ofensiva contra lo que parecía el punto débil del enemigo, la comarca entre el Sambre y el Mosa, hacia Namur, para detener y cortar, si fuera posible, el ala derecha alemana, y volver el grueso adversario a la frontera del E., sólidamente ocupada y guardada.

La ofensiva francesa en la dirección de Namur, emprendida el día 22, dió buen resultado en las pri-

meras horas; a la defensiva, los alemanes retrocedieron lentamente, castigando y quebrantando seriamente al atacante. Este continuó todavía su esfuerzo, pero hubo de cesar en él y retroceder a toda prisa cuando el enemigo, descansado y sin grandes pérdidas, le contra-atacó a su vez. Todavía, sin embargo, podía el centro francés paralizar la ofensiva alemana en la región de Namur, a no haberse resuelto, de un modo rápido e inesperado la batalla en las dos alas. En la extrema izquierda, los ingleses, cuyo centro estaba en Mons, acometieron de frente y se empeñaron en una lucha terrible desde el primer momento; los más avanzados escalones del cuarto ejército alemán, resistieron con todas sus fuerzas, dando tiempo a que los escalones en marcha del quinto y las tropas distribuidas en las plazas belgas del N., fueran acudiendo y dejaran sentir su presencia; las fracciones más avanzadas, continuaron la marcha, y el 23 aparecieron detrás de los ingleses; el general French pidió refuerzos con urgencia al general Joffre, que éste hubo de despachar por tratarse de aliados; era imposible, no obstante, restablecer el equilibrio, y el ejército inglés tuvo que replegarse, con considerables pérdidas.

En el otro extremo de la línea, el ejército alemán de Lorena continuaba la ofensiva, y el día 23 los dos ejércitos de Luxemburgo comenzaron a desembocar contra la derecha del ejército francés del N. Repellido de frente y amenazado por las dos alas, debilitado por el envío de refuerzos al general French, Joffre hubo de batirse en retirada. La batalla quedó perdida en toda la línea en una extensión de cerca de 200 kilómetros, sin que los franceses registraran en su haber una sola ventaja en tan gran frente.

No se ha dicho el alcance de este revés, pero todos los indicios son de que se trata de una derrota, en toda la extensión de la palabra; todo el territorio belga fué evacuado, retrocedió la línea en la región de Luxemburgo y Lorena, y el repliegue, muy apresurado, llevó el ejército aliado al interior de Francia.

Bueno es hacer constar que no tomaron parte en la batalla todo el ejército quinto y gran parte de los primero, segundo y tercero alemanes. Aunque las masas de invasión en Bélgica fueron llamadas, cuando se presentaron en el campo de batalla las que se encontraban más al N. y al E., había ya terminado la batalla. La acción de las tropas de Lorena y Luxemburgo fué más de presencia que de ofensiva. La batalla fué ganada estratégicamente por los alemanes antes de iniciarse.

Las consecuencias de tan importante hecho de armas no se hicieron esperar. Disminuída la presión en Lorena y Alsacia y amenazados de quedar cortados los ejércitos franceses de ambas regiones si los alemanes obtenían un segundo éxito en su probable avance, todos los Vosgos y la Alsacia han sido evacuados a toda prisa, cayendo nuevamente en manos de los alemanes Mulhouse y las demás plazas y ciudades alsacianas. No hay un solo soldado francés en territorio alemán, mientras que las operaciones sucesivas se están desenvolviendo ya en el interior de Francia.

Se jactan los aliados de que el enemigo no ha roto aún ningún punto fortificado de la frontera (excepto Longwy) y que, por consiguiente, la defensiva franco-inglesa podrá ejecutarse en excelentes

condiciones, como si la guerra comenzara ahora, toda vez que las ofensivas contra Alsacia, Lorena y Bélgica tuvieron lugar más allá de la frontera. Esto es perfectamente cierto; comienza, en efecto, ahora la invasión alemana, pero ¿en qué diferentes condiciones se realiza!

Si, prescindiendo de ofensivas extemporáneas y de contar demasiado con el fugaz apoyo de los belgas y la insignificante cooperación británica, se hubieran mantenido los franceses a la defensiva desde el principio, librarán la batalla primera bajo el fuego de los cañones de los fuertes fronterizos, la moral del soldado y su buen espíritu, la confianza en los generales, la serenidad y sangre fría del alto mando se mantuvieran incólumes, y los alemanes marcharían contra una línea de resistencia misteriosa, de valor desconocido. En lugar de esto, el soldado francés sabe ya por experiencia propia que el enemigo no está hambriento, que no huye a la aparición de las bayonetas francesas, que no se deja coger prisionero en masa, que tira bien, que no es cobarde, esto es, sabe ya a qué atenerse sobre las patrañas contra producentes que se propalaron en Francia durante las dos primeras semanas de la guerra; su moral ha quedado destruída, los generales desconfían de sí mismos, y el pueblo se llama a engaño; ¡calcúlese el estado de ánimo en que continuarán la campaña las tropas vencedoras en la Alsacia, que han tenido que abandonar sus conquistas para acudir en auxilio de las otras! Las tropas inglesas, por su parte, habrán comprendido que el desprecio que sentían hacia los alemanes, era infundado, que eran ellas y no el adversario quien tenía que volver las espaldas, acción deprimente en tropas mercenarias y que no combaten por la integridad de su territorio ni por la defensa de sus hogares.

En cambio, los alemanes abren esta nueva campaña con la superioridad moral de ser derrotado al enemigo en toda la línea, de no ser obstáculo para ellos las más temibles plazas fuertes, y con plena confianza en sus generales que les han llevado de victoria en victoria.

Grandes han de ser los triunfos que en lo sucesivo obtengan los aliados para que se desvanezca y cierre el grande abismo que entre los factores morales de uno y otro bando han abierto los primeros hechos de armas. La guerra se presenta bajo malos auspicios para los aliados. Su mejor esperanza ha de consistir en prolongarla.

IX.—Operaciones del 25 al 31 de agosto

No es posible seguir prestando crédito a los comunicados del Ministerio de la guerra francés; reflejan una seria desorientación, sugerida por la confusión del gran cuartel general, e incurren en contradicciones de bulto dentro de un mismo parte. No sólo se disfraza la verdad, sino que se ocultan los hechos.

Estos, como mínimo, son: el ala estratégica alemana ha continuado su maniobra desbordante y ha envuelto la izquierda francesa, entrando osadamente en territorio enemigo y rodeando Lille, Roubaix, y demás poblaciones, continuando la ofensiva que puso término a la batalla del 22 al 25; el ejército del Luxemburgo belga y el del Gran Ducado han avan-

zados también; Longwy, pequeña plaza francesa, anticuada y debilmente guarnecida, ha tenido que capitular después de agotados los medios de resistencia, tras de una defensa realmente admirable, muy superior a la de Lieja; Namur ha caído en poder de los alemanes, más fácilmente aun que Lieja, con gran desencanto de los ingleses, que esperaban resistiría dos semanas, ya que no dos meses; el ejército de Metz se mueve también hacia adelante, pero tropieza con el ataque de flanco que han emprendido contra él las tropas francesas llamadas de la Alsacia. La batalla, en resumen, continúa sin interrupción en todo el frente, y pronto veremos si se rompe la línea francesa en algún punto o tienen que detener los invasores su avance. Entre tanto, el extremo derecho alemán, precedido por una división de caballería, se va internando más en Francia, tanto para dislocar todavía más el frente francés, como para dificultar la llegada de nuevos refuerzos ingleses.

He de insistir de nuevo sobre la audacia y eficacia de la soberbia caballería alemana, que despreciando los peligros explora y reconoce a muchos kilómetros del ejército, y no vacila en diseminarse y llevar la zozobra y el temor a comarcas enemigas muy distantes.

Párrafo aparte ha de dedicarse a la reacción ofensiva de los belgas. Cuando ya la batalla de Mons estaba decidida y a punto de terminar, o sea en momento poco oportuno, el rey Alberto de Bélgica al frente de casi todo el ejército de campaña, salió de Amberes para acometer al enemigo por la espalda. Detenido en Malinas, pudo desalojar al fin a los alemanes de esta ciudad; pero apenas comenzaba a saborear las delicias del triunfo, los escalones más retrasados del quinto ejército comenzaron a caer sobre los belgas y les arrojaron en dispersión de nuevo sobre Amberes. Pase la batalla de Lieja, pero ya no tiene fácil explicación el descalabro a que se sometieron entre Haesler y Diest, el padecido al E. de Bruselas y otros varios de menos importancia; en Namur han sido deshechos. Más que preocuparse y laborar en favor de los intereses nacionales, los belgas parecen juguetes de Francia e Inglaterra, que se valen de aquellos para entorpecer, por poco que sea, las operaciones del enemigo. La formación general del quinto ejército alemán que cubre Bélgica, observa Amberes, se lanza contra el enemigo que abandona el campo atrincherado de aquel nombre, apoya el cuarto ejército y no desatiende su misión principal de avanzar hacia el litoral, es digna del mayor elogio y hace honor al Estado Mayor alemán.

La obscuridad que reina sobre las operaciones es grande; lo único que puede deducirse es que en la segunda batalla, del 26 al 30 de agosto, los ingleses, extrema izquierda de la línea de los aliados, han sido derrotados de nuevo, y casi deshechos; probablemente una parte de aquella masa ha sido arrojada hacia el O., inutilizada para continuar la campaña por el momento; el frente francés ha sido roto por el N., y por el E., y dos o tres ejércitos alemanes avanzan hacia el corazón de Francia. El general Joffre quiso repetir, del 25 al 28, la maniobra de la ruptura del centro enemigo, y fué batido, como en Charleroi, por el envolvimiento de sus dos alas, maniobra favorita de los alemanes, conocida por to-

dos y ya esperada: sólo cabía oponerse a ella situando en la izquierda un cuerpo de tropas escogido, pero la fatalidad impuso la concentración de los ingleses en aquel punto.

No podemos tardar en salir de dudas. Los acontecimientos llevan una marcha rapidísima, provocada por el avance impetuoso de los alemanes, y es imposible seguirlos en estas páginas. Los estudiaré en conjunto así que haya una pausa relativa en las operaciones. Por ahora, el éxito alemán está dejando atrás 1 de 1870.

X.—Operaciones en el teatro oriental

Las noticias de estupendas y decisivas victorias rusas sobre los alemanes llenan estos días las columnas de los periódicos. Es muy natural que los franceses las propalen y extiendan. Nada tengo que enmendar a lo que vengo diciendo sobre esta parte del teatro de la guerra. Ni los rusos han concluido la movilización, ni mucho menos la concentración, ni la invasión de Alemania es un hecho, ni hay que esperar por ahora que allí tengan lugar hechos de armas de mediana importancia.

El lector puede juzgar por sí mismo con sólo tener en cuenta que para poner los franceses 500.000 hombres en la frontera del N., han tardado 19 días, a pesar de la abundancia de vías férreas en Francia y de lo bien estudiada y preparada que estaba la movilización. Los alemanes, para hallarse en condiciones de invadir Francia, invirtieron el mismo tiempo. La red de ferrocarriles rusos es la más deficiente y pobre de Europa, su material móvil escaso, las distancias a recorrer por los cuerpos de ejército eran, como promedio, diez veces mayores, y ni comparación cabe entre los preparativos que para la guerra venían haciendo Alemania y Francia, con los rudimentarios de Rusia después de su derrota de 1904-05. Pues bien, se está sosteniendo que los rusos con un ejército de centenares de miles de hombres están infligiendo terribles derrotas a los alemanes desde el día 21. Creo ocioso detenerme sobre la inverosimilitud de estas noticias. La misma embajada rusa ha tratado de ponerles freno. Ciertamente es, sí, que algunas masas de caballería y dos o tres cuerpos de ejército, aun no enteramente movilizados, están realizando incursiones en la punta N. E., de la Prusia Oriental, alcanzando, probablemente, ventajas sobre los alemanes. Estas ventajas ni siquiera tienen la importancia en aquel teatro, de las que obtuvieron los franceses en la Alta Alsacia. Bastante tendrán que preocuparse los rusos muy pronto, si no se han preocupado ya, del avance de los austriacos por la Polonia. Las líneas de defensa con que cuenta Alemania en aquella frontera son muy fuertes pero estimo prematuro detallar sus elementos de resistencia, porque no ha llegado aun el caso de que sean atacadas. Podrá obtener Rusia la victoria; ni lo niego, ni lo afirmo; pero a su tiempo, más adelante, mucho más adelante. Ahora no hay por qué hablar de la invasión rusa.

Sigue siendo imposible formar juicio aproximado de lo que acontece en Serbia. No conocemos ni siquiera un reflejo de la verdad. Hay que aguardar.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

3 septiembre 1914